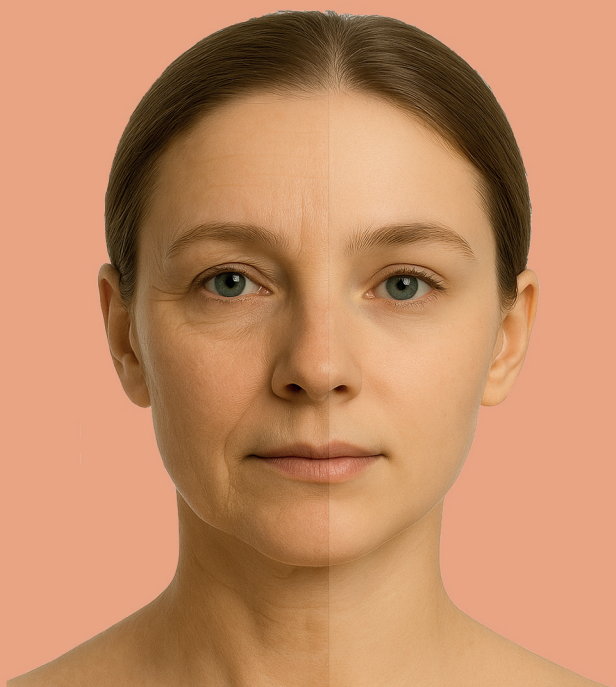


Luis Chiozza

LLEGAR A SER JOVEN

Poder lo que se quiere
y querer lo que se puede



libros del
Zorzal

Llegar a ser joven

LUIS CHIOZZA

Llegar a ser joven

Poder lo que se quiere
y querer lo que se puede



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis

Llegar a ser joven : poder lo que se quiere y querer lo que se puede / Luis Chiozza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2025.

60 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-599-967-1

1. Psicoanálisis. I. Título.

CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2025. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-967-1

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

*A mi madre,
que siempre me entendió sin palabras,
y a mis hijos,
que asumieron su vida
de manera creativa y tenaz.*

Índice

| | |
|---|----|
| Prólogo..... | 11 |
| Capítulo 1. Fuerza | 19 |
| Capítulo 2. Agilidad | 23 |
| Capítulo 3. Fertilidad | 25 |
| Capítulo 4. Virilidad..... | 29 |
| Capítulo 5. Preservar los valores | 33 |
| Capítulo 6. Erotismo | 37 |
| Capítulo 7. Coito | 41 |
| Capítulo 8. Crianza | 47 |
| Capítulo 9. Cordura | 51 |
| Capítulo 10. El desperdicio de la juventud..... | 55 |

Prólogo



“Sólo podrán entender este libro quienes ya hayan pensado lo que yo digo en él”.

LUDWING WITTGENSTEIN,
prólogo del libro *Tractatus
logico-philosophicus*.

Lo que denominamos moral no sólo representa lo que diferencia y distingue a las cosas que valen de aquellas otras, malignas y

corruptas, que llevan implícitos los gérmenes de la destrucción. También alude a una forma del alma que anima al entusiasmo con el cual abordamos todo cuanto nos hace bien y se distingue de los sentimientos opuestos que se constituyen como una penuria que “nos hace” sufrir.

Cuando, como sucede en nuestros días, “todo” lo que ocurre nos envuelve y nos succiona, en una forma que se nos antoja irremediable, hacia el fondo de un oprimente embudo, ¿dónde encontraremos esa esperanza que, según lo que se dice hasta el cansancio, sólo se pierde si se pierde la vida?

Sin embargo, cabe preguntarse: ¿es de veras real que, nunca como hoy, eso nos había sucedido? En una creación poética egregia (que no podemos reproducir aquí sin resignarnos a transcribir sólo unos breves fragmentos),

Gustavo Adolfo Becker dice: “No creáis que, agotado su tesoro, / de asuntos falta, enmudeció la lira; / podrá no haber poetas; pero siempre / ¡habrá poesía! / [...] Mientras [...] en el mar o en el cielo haya un abismo / que al cálculo resista [...] / mientras el corazón y la cabeza / batallando prosigan, / mientras haya esperanzas y recuerdos / ¡habrá poesía! [...] / mientras sentirse puedan en un beso, / dos almas confundidas; mientras exista una mujer hermosa, / ¡habrá poesía!”.

Confíemos, pues, en que en algún rincón de nuestras horas encontraremos un refugio que nos permitirá *preservar esos valores que otorgan a la vida su sentido*. Porque, más allá de un fárrago que cotidianamente nos aturde con promesas vagas que procuran esconder propósitos *perversos*, es imprescindible, ¡y muy valioso!, *no prometer*, sobre todo al niño

ingenuo que llevamos en el alma, *aquello que es imposible dar.*

La vida humana transcurre atravesando épocas distintas (intrauterina, neonatal, niñez, pubertad, adolescencia, juventud, adultez, climaterio y senectud, por ejemplo). En el libro *Envejecer. Vivir muriendo o morir viviendo*, contemplamos las vicisitudes de la vida en la senectud; elijamos hoy, entonces, dedicar nuestra atención a la juventud, dado que parece condensar todo lo que se opone a la vejez.

Mientras “llegar a ser viejo” es una expresión que se pronuncia para referirse a una tarea que se concibe como la realización de una hazaña, la expresión “llegar a ser joven”, si no se usa para referirse a un niño cuya vida peligra, parece contener algo absurdo, porque se piensa que si el niño no muere su juventud será inevitable y trasciende, por lo tanto,

la necesidad de llegar. Sin embargo, dado que, entre las distintas maneras de ser joven, existen algunas que traicionan su esencia, es posible afirmar que la expresión “llegar a ser joven” puede aludir a un segundo sentido, diferente y fructífero a cualquier edad, en donde (a pesar de lo que afirma Goethe cuando escribe “amo a los que buscan lo imposible”) se logra *poder algo que se quiere, pero también un saludable querer lo que se puede.*

“Juventud” deriva del latín *juventus*, y este, de *iuvare*, que denota ayudar y sostener, que originalmente significó “el que ayuda” y luego pasó a significar “el que necesita ser ayudado”. El término *juventus* proviene del griego *neo*, que significa “nuevo”.

La palabra “juventud”, usada como antónimo de “vejez”, incluye todos los estados que recorre un ser humano en lo que, en términos

generales, se considera la primera mitad de una vida cuya duración juzgamos “normal” cuando no se interrumpe de manera precoz. En ese sentido amplio, la juventud se refiere, entonces, a un sector de la vida en el cual el anabolismo (que a veces también se denomina crecimiento) supera al catabolismo que predomina luego, en un segundo sector, la vejez. En la vejez, la piel se vuelve más seca, menos turgente; el cuerpo deviene enjuto (“privado de jugo”), y la carne que reviste a los huesos disminuye su volumen, de modo que la forma del esqueleto se percibe y la cabeza se aproxima al aspecto de una calavera; a un cráneo que, sin carne y sin pelos, suele transformarse en una careta horrible cuando evoca un desmesurado temor a la muerte.

Entre las cualidades que se manifiestan en el trascurso de una juventud saludable, y lejos

LLEGAR A SER JOVEN

de la pretensión de consignar un elenco completo, cabe señalar algunas: la fuerza, la agilidad, la virilidad, la fertilidad, la crianza, la sensatez y la cordura, por ejemplo.

Capítulo 1

Fuerza



En lugar de las inquietudes y los temores propios de la adolescencia (cuya denominación alude a una carencia que conduce a sufrimientos físicos o anímicos), la juventud, para vencer lo que se opone a la realización de aquello que el deseo imagina, posee una capacidad que no proviene del “saber cómo proceder”

que los años vividos otorgan. Surge, en cambio, de una fuerza que opera generando una determinación que demanda un trabajo que suele ser inmune al fracaso y que persiste insistiendo, una y otra vez, sin desmayo.

En el ánimo juvenil predomina la convicción de que, detrás del horizonte que la mirada divisa, existe por delante un tiempo, sin fin, que ofrece un lejanísimo futuro, un mañana que otorga nuevas oportunidades que permiten aprender y también soportar, sin desánimo, la adversidad o el fracaso en el logro de una meta. Pero también hay un “ser joven ahora”, en otras edades, que permite tolerar sin abrumarse las emociones intensas y alcanzar un entusiasmo por el logro de las metas que suele perderse cuando se ingresa en la vejez.

LLEGAR A SER JOVEN

La muerte “de uno”, que para el intelecto es inexorable, jamás logra, durante la juventud (y así debería suceder en todas las edades que un ser humano recorre), convencer al corazón, que siempre la siente como un asunto ajeno que les sucede a otros.

Capítulo 2

Agilidad



Cuando la juventud transcurre en una de sus mejores formas, otorga una agilidad que permite adecuarse a las particulares condiciones que cada situación requiere.

De más está decir que la posibilidad de conformarse con los cambios, muchas veces repentinos, que las circunstancias imponen depende

de una cierta versatilidad que deriva de una inclinación predispuesta hacia una aceptación de las distintas variantes, con frecuencia inesperadas, con las cuales la realidad nos sorprende.

Un ser humano joven dispone de una plasticidad que le consiente comportarse como una herramienta de uso múltiple que excita la codicia y las ambiciones de un poder desmedido que caracterizan a los malos políticos. Afortunadamente, los jóvenes más capaces son precisamente aquellos que corren menos riesgos de ser manipulados.

Agreguemos, por fin, que otra de las virtudes que, junto con la versatilidad, integran a la agilidad de la juventud es la rapidez de sus acciones, que se asemejan, por su forma, a los automatismos que denominamos reflejos.

Capítulo 3

Fertilidad



La fertilidad alude a la capacidad reproductiva de un espécimen, y para el caso del ser humano, dada su condición de mamífero, la fertilidad incluye la fecundación, la gestación el parto y el amamantamiento. Si bien es cierto que para que ocurra la fecundación ambos sexos son imprescindibles, el embarazo, el parto

y el amamantamiento son procesos durante los cuales la mujer es la protagonista principal, pero el hombre sigue siendo importante, a pesar de que su participación suele diluirse.

Por razones que se han querido explicar desde un punto de vista socioeconómico, pero que parecen depender de factores ecosistémicos más profundos, la fertilidad del ser humano evidencia cambios innegables. La tasa de natalidad que hasta hace muy poco tiempo determinó que la raza caucásica (el llamado hombre blanco) predominara ampliamente en el mundo civilizado descendió a una cifra promedio de 1,2 hijos por pareja, cuando 2,1 sería la tasa de amortización que está muy lejos de representar su crecimiento (que sólo se observa hoy entre los musulmanes, porque se reproducen con una tasa de 8,1 hijos por pareja).

Muy lejos de intentar evaluar las consecuencias geopolíticas de la disminución de la natalidad de la raza caucásica, cabe señalar, en cambio, que en los jóvenes que hoy predominan no se observa el deseo de engendrar hijos, constituir una familia desempeñando roles masculinos y femeninos bien diferenciados y habitar un hogar. Forma parte de estos cambios de actitud la polémica que se ha llegado a sostener en torno de la legalidad y la moralidad de otorgar a una mujer el derecho a decidir un aborto provocado para interrumpir la continuidad de su embarazo.

Capítulo 4

Virilidad



Virilis deriva de *vir*, que alude a la potencia eréctil del pene y designa a un vigor que se inicia como algo que se alcanza y que termina cuando se comienza a perderlo.

Entre las virtudes de la virilidad, cabe señalar la capacidad de asumir la responsabilidad de un trabajo. Se trata de una virtud, el vigor,

que es una cualidad de la masculinidad que la feminidad comparte desde otro ángulo y con características propias.

Reparemos en que la palabra “trabajo”, que proviene de un antiguo instrumento de tortura, el tripalium, conserva, en su uso habitual, el significado de una actividad que, a pesar de que se realice con esfuerzo y alude a una tortura, es beneficiosa y saludable. Mientras que lo que tiene de una penuria que se acepta por el imperio de una necesidad inevitable se desplaza sobre el vocablo “labor”, que se utiliza en la forma despectiva del italianismo “laburo”. Así sucede que la palabra “trabajo” suele aludir a un acontecimiento saludable y el término “laburo”, a una imperiosa condena.

También cabe reparar en que todo trabajo constituye un esfuerzo que se emprende porque surge de un motivo que se puede aceptar

o que, con frecuencia, se procura evitar. Sin embargo, dado que evitar un trabajo también requiere un conjunto de acciones, ocurre de manera inexorable que nos encontramos obligados a elegir entre esos dos esfuerzos diferentes.

Es importante consignar que existe, por fortuna, una tercera condición que acontece cuando el trabajo realizado con el esfuerzo inevitable que conlleva conduce a un resultado que no se mide únicamente por el monto de dinero con que se lo retribuye, sino por la satisfacción que otorga el bienestar colectivo que deriva de la bondad del producto que con el trabajo se obtiene, y que también deriva del haber percibido las necesidades del entorno dentro del cual se vive

Dos nombres que arrastran consigo una tradición reveladora son Emilio y Claudio.

Emilio, en su origen latino, no sólo alude al triunfo de la rivalidad y la emulación competitiva, sino que además, en su raigambre griega, era representante del esfuerzo y la amabilidad. Claudio, que suele atribuirse, por error, únicamente al lisiado y cojo que camina de manera claudicante, deriva de un vocablo, *claudere*, cuyo significado de “cerrar” (presente en claustro, cláusula y concluir, por ejemplo) denotaba su pertenencia a una familia noble.

Capítulo 5

Preservar los valores



Cuando pensamos en los jóvenes de hoy, el primer tema que surge radica, casi por entero, en que constituyen nuestra herencia. Y un cometido suyo y nuestro, que proviene de aquello que en ambas edades, juventud y vejez, vivimos, consiste en los valores que ambos,

jóvenes y viejos, deseamos preservar, protegiéndolos de su posible destrucción.

Recordemos lo que afirma Rubén Darío: “Juventud, divino tesoro, / ¡ya te vas para no volver! / Cuando quiero llorar no lloro, / y a veces lloro sin querer”. También recuerdo lo que escribió un poeta, amigo de mi padre, que murió en su juventud: “Lamen las olas la desierta playa, / duerme la noche de estelar quietud. / Hay una fuerza que mis sueños matan. / ¡Oh, juventud!”.

Si prestamos atención a la crisis que en nuestra actualidad atravesamos (con distintos predominios en lugares diferentes del planeta), lo que de inmediato sobresale es que vivimos en un entorno plagado de propósitos corruptos y egoístas, que trascurren en un contexto sembrado de promesas tentadoras que son vanas, porque suelen pronunciarse sabiendo que no se pueden cumplir.

Dado que lo que está mal hecho abunda, recordemos que el significado de la palabra “defectos” (incluyendo el inglés *default*) es fácil de comprender, porque simplemente alude a algo mal hecho. No ocurre lo mismo con el vocablo “valor”, porque posee connotaciones amplísimas. Sin embargo, dado que intentamos referirnos ahora, precisamente, a la preservación de los valores que, como producto de una mala praxis actual, están en crisis, es imprescindible intentarlo.

Leemos que el valor es una cualidad del ánimo que suele acometer resueltamente grandes empresas y arrostrar peligros, y es usado también en sentido peyorativo, denotando osadía y hasta desvergüenza.

Lejos de la posibilidad y del intento de consignar aquí una lista de los valores que tal vez un diccionario se acerque a enumerar, sólo

LUIS CHIOZZA

cabe añadir, en cambio, que no es posible el cielo sin infierno, y que lo bueno existe con lo malo, pero que es fácil distinguirlos, porque lo bueno, que hace bien, perdura, mientras que lo malo, aunque lo que suele durar siempre nos parecerá demasiado, lleva en sí mismo el germen de su propia destrucción.

Capítulo 6

Erotismo



Georg Groddeck sostuvo que en la vejez se experimenta una sexualidad que el joven no comprende porque no la ha vivido. Es también cierto, sin embargo, que se puede llegar a ser viejo sin haber llegado, nunca, a ser realmente joven. Y entre las innumerables circunstancias que acerca de la juventud se pueden destacar,

cabe subrayar, más que la curiosidad y la ternura, que ya se alcanzan durante la niñez, la plenitud de una sexualidad que no siempre se logra.

Freud, en lo que con frecuencia se menciona como la primera tónica, señala que es necesario comprender el conflicto que suele establecerse entre un amor propio que se dirige hacia uno mismo y el amor que toma como objeto a otra persona o cosa. En una segunda tónica, en cambio, que establece luego de haber descubierto los instintos de muerte, el conflicto entre los dos amores desaparece, y ambos se reúnen en un instinto de vida, que denomina Eros, y un instinto que impulsa al retorno hacia lo inanimado, que impregna al sadomasoquismo y que denomina Tánatos.

Mientras la mujer dispone de un número de óvulos (que son las células destinadas a la

procreación) y deja de ser fértil en el climaterio, el hombre dispone, desde su pubertad hasta su muerte, de millones de espermatozoides que “desperdicia” en cada eyaculación. Uno de los cuales podrá fecundar a un óvulo cuando el semen, llegando al interior de la vagina, pueda remontar una de las trompas de Falopio y unos, entre ellos, colaboren para que alguno pueda atravesar la zona pelúcida que lo rodea como una membrana. Allí vemos que también un acto natural como la fecundación exige colaboración.

Capítulo 7

Coito



Freud describe la evolución tánato-libidinosa como una sucesión de primacías (oral, anal, fálico-uretral y genital, por ejemplo) que organizan al yo y enriquecen la unión genital entre los sexos, que denominamos “coito”, otorgándole al goce que se obtiene una multitud de variantes. A estas, Freud las considera

saludables mientras se realicen durante una relación que finalice en un orgasmo que surja de la cópula de los dos sexos (masculino y femenino), que son complementarios y están destinados a la perduración del plasma germinal.

Cuando el pene se introduce en el órgano genital femenino la contracción de la parte inferior de la vagina, que el hombre ha debido vencer para poder penetrarla, suele abrazar al miembro genital masculino, contribuyendo a mantener la turgencia de su erección.

La realización de la cópula que denominamos coito recorre una secuencia que comienza como un deseo, prosigue hacia una excitación creciente, culmina en una descarga denominada orgasmo y, en el hombre, conduce hacia una fase refractaria que no siempre sucede en la mujer.

Durante el deseo, la tensión muscular aumenta, el ritmo cardíaco se acelera, la respiración se hace más rápida, la piel del pecho o de la espalda puede enrojecer. En la mujer, los pezones de sus mamas se pueden endurecer y su sensibilidad a la excitación suele aumentar junto con la turgencia de su contenido. También suele segregarse un flujo vaginal que representa su preparación para recibir la introducción del pene, y el clítoris suele aumentar su tamaño y su sensibilidad.

Finalizada la etapa del deseo, se ingresa en la fase de excitación, en la cual se intensifica el deseo. En el varón, los testículos se hinchan y se retrotraen hacia el escroto, que se tensa, mientras el glande segrega una pequeña cantidad de lubricante. En la mujer, las paredes vaginales adquieren un color más oscuro, y el clítoris, más sensible, puede llegar a doler si se

lo toca bruscamente. La frecuencia del latido cardíaco continúa aumentando, junto con la tensión muscular, y pueden ocurrir espasmos musculares en la piel, la cara y las manos.

La fase de excitación creciente conduce hacia el orgasmo, que se cursa con un borramiento de los límites del yo en ambos copartícipes, un borramiento de la diferenciación de sus identidades. El orgasmo, que transcurre con espasmos musculares involuntarios, es la fase más breve, ya que suele durar menos de un minuto. La presión arterial, la frecuencia de los latidos cardíacos y de los movimientos respiratorios del tórax y el diafragma continúan aumentando, y ocurre una liberación repentina y enérgica de la tensión con la eyaculación en el varón y las contracciones vaginales en la mujer. Esta fase, que en ambos copartícipes puede acompañarse con un rubor de todo el

cuerpo, conduce a una resolución final, en la cual, en todas las partes involucradas, desaparece la hinchazón, las funciones recuperan su estado habitual, la consciencia de yo y del esquema corporal se restablece y, junto a la satisfacción que acontece, aparece a veces un sentimiento de fatiga, que en los hombres conduce muchas veces hacia el sueño y hacia un período de recuperación refractario a la continuación de la experiencia (que varía y cambia con la edad), y que no suele presentarse en las mujeres, que a veces experimentan orgasmos adicionales.

Capítulo 8

Crianza



La disposición a *la crianza* es imprescindible en una especie que lanza a la vida extrauterina hijos que no pueden sobrevivir sin la protección de sus progenitores. Agreguemos que esta necesidad de protección deriva del carácter neoténico del ser humano, que le permite conservar

durante la adultez rasgos juveniles que facultan para continuar aprendiendo.

Si exceptuamos la capacidad que sólo posee una mujer, dotada de un útero y de mamas que producen leche, para gestar la vida intrauterina y alimentar a un embrión y amamantar a un niño, ambos padres, como sostiene Gustavo Chiozza, contribuyen en el desempeño de funciones esencialmente maternas, como la protección, y paternas, como la preparación. Agreguemos, además, que premiar el esfuerzo es una función esencialmente materna, mientras que pertenece a una función paterna, que coincide a veces con lo que hace el entorno, premiar el resultado que su hijo obtiene.

La gestación de un hijo no finaliza con el nacimiento, sino que continúa durante el proceso interminable que denominamos *crianza*,

cuya magnitud va decreciendo en la medida en que pasan los años.

Pero no sólo los hijos de carne y hueso deben ser criados, sino también los hijos intelectuales que llamamos discípulos, y también otras obras, como las instituciones fundadas o los libros publicados, y otra herramientas, que siguen necesitando una atención continua y que es cruel descuidar.

Capítulo 9

Cordura



Se trata en esencia de acceder al sentido común, acerca del cual suele decirse que “es el menos común de los sentidos”. Un valor que se adquiere sólo a veces y que, como todos los valores, se puede llegar a perder. Así lo han sostenido autores diversos que no se

conocieron entre sí, como Castañeda, autor de *Las enseñanzas de don Juan* (un chamán), Georges Simenon, creador del comisario Maigret, y Viktor von Weizsaecker, quien ha escrito acerca del hombre “sacado” que obstruye el camino de sí mismo y procede siempre desubicado, privado de sensatez y de cordura.

Sensatez y cordura son dos nombres distintos usados para mencionar un valor esencial que casi es el mismo y que se adquiere sólo a veces en la juventud, y que se puede llegar a perder con el trascurso de los años.

Mientras la sensatez alude al sensorio que se materializa en los cinco sentidos, la cordura se refiere al corazón, el órgano que representa aquello que “de verdad” sentimos y constituye lo único que nos importa.

LLEGAR A SER JOVEN

Cabe referirse aquí a la sabiduría de Pascal, que lo condujo a privilegiar la cordura, cuando sostuvo que “hay razones del corazón que la razón no entiende”.

Capítulo 10

El desperdicio de la juventud



Es cierto que en cualquier edad uno puede sentir que ha derrochado el caudal de los valores que le aportó la juventud, pero lo que más interesa señalar es lo que sucede con una parte importante de los jóvenes actuales.

Luego de habernos ocupado del cúmulo de cualidades valiosas que caracterizan a una

juventud saludable, cabe destacar una forma que predomina cuando prestamos atención a la manera en que la juventud hoy “se” desperdicia. No es un “se” unilateral que puede aplicarse sólo a los jóvenes o a los que no lo son y constituyen su entorno.

La expresión “el desperdicio de la juventud” no sólo alude a lo que los jóvenes sufren por la influencia que ejerce la forma en que la sociedad los trata.

Lejos de querer adjudicarles todo el peso de la responsabilidad por lo que les ocurre, también importa, por ejemplo, contemplar la actitud que los jóvenes adoptan desconociendo y abandonando la orientación que otrora encontraban en ideales nobles, cuando eligen sustituirlos por propósitos espurios que ofrecen el atractivo de los caminos fáciles.

Una cosa es segura: cuando ya son jóvenes, no podemos tratarlos como seres vacíos de toda posibilidad de influir en la trayectoria de sus vidas. Pensar demasiado “hacia atrás” es tan absurdo y catastrófico como sería afirmar, aunque pueda ser cierto, que todo comenzó con un tatarabuelo. En algún momento de sus trayectorias vitales, la responsabilidad por los actos realizados se trasfiere de padres a hijos.

Pero no ha de ser casual que actualmente se discuta tanto sobre la edad en que comienza la imputabilidad de un delito y, en general, con ligeras variaciones en distintos países, se considera que eso sucede cuando una persona alcanza una edad que oscila alrededor de los 14 años.

Es necesario distinguir, sin embargo, que una cosa es sostener la imputabilidad de un delito y otra, muy distinta, es creer que la responsabilidad de los jóvenes exime al resto de la

sociedad de la porción que indudablemente le atañe. Y esta última cuestión es de una extrema importancia, porque ser responsable no significa solamente estar dispuesto a responder por el mal que hemos hecho; es sentirse obligado a responder intentando reparar algo que se juzga malo, aunque no fue obra nuestra, como hace el bombero cuando apaga un incendio.

Recordemos lo que sostuvo nuestro prócer Mariano Moreno, en un pensamiento que no goza de suficiente consenso. Las cárceles no deben contemplarse como lugares que existen para castigar a los reos que en ellas se encierran o para que constituyan un ejemplo que no debe copiarse. Es fácil comprobar, por otra parte, que nunca han servido para desalentar el crimen. Su función principal consiste en proteger a la sociedad cuando existe el riesgo de que ese particular delincuente repita el delito.

